

Tierra y *aprecio*:

El caso de los Jatarishun en la Comunidad de la Calera

“La guerra que vivimos no es por la libertad, es la guerra de control de recursos que viste de negro y antifaz” (Miguel Calapi, comunero de la Calera)



Fotografía: runakuna.blogspot

Información geo-referencial

Latitud 0°; 19'; 22.29''

Longitud 78°; 15'; 35.15''

Altura 2443 msnm

El presente relato, hace un homenaje a hombres y mujeres del campo que, a pesar del régimen de violencia material y simbólica que enfrentan, continúan la lucha por un pedazo de tierra para reproducir la vida. La Calera es el territorio en el cual, 20 años de disputas, entre 17 comuneros y comuneras indígenas y el poder financiero y los terratenientes de herencia colonial, se enfrentaron por la propiedad y el uso de nueve hectáreas de tierra en el valle fértil de Cotacachi. La construcción del relato está a cargo del equipo del Instituto de Estudios Ecuatorianos, cuyo equipo de investigación trabaja en el fortalecimiento de las organizaciones sociales y populares.

...primera y segunda vez

La primera vez que visité¹ la comunidad andina la Calera en diciembre del año 2012, por invitación del naciente movimiento político Ally Kawsay², llegué al complejo vacacional Tambo Jatarishun administrado por indígenas y campesinos de la zona. Mientras caminaba intentando saltar el fango que te da la bienvenida, pensé: “este complejo debe ser como el de tantas otras organizaciones, ahora que está de moda el turismo comunitario”. Minutos después y contrariamente a lo que mis prejuicios sobre el turismo y el comercio cultural me dejaban ver, ésta era una experiencia totalmente diferente.

El motivo de mi visita acompañar a la “Asociación de Trabajadores Autónomos Jatarishun” en un proceso de discusión sobre normativas nacionales referentes al agua y la tierra de las que ellos alegaban no saber nada. Nadie había pasado por el lugar a contarles sobre los “acalorados debates” en la Asamblea Nacional, en donde la izquierda y la derecha, conservadoras ambas, definían a puertas cerradas “su futuro”, y esto a pesar de existir el canal de televisión y la frecuencia radial del Parlamento, que convierten en fastuosos los discursos del progreso.

En un centro de acopio de leche que se levantaba minúsculo ante el gran complejo recreacional, se encontraban sentados, en media luna, 20 comuneros que esperaban el inicio del taller. Éstos exhortaban a cuidar del agua subterránea aún no contaminada por el desarrollo urbano e industrial que los acecha; solicitaban el acompañamiento a procesos de lucha por la tierra a lo largo y ancho del país. Dichas demandas debían estar contempladas en la nueva ley, decían. Sin dilatar el diálogo, intervine para explicarles que su última demanda no podría incluirse en un cuerpo normativo, porque así es la ley, fría y calculadora y no admite solidaridad alguna.

De repente, el lugar se tornó escabroso. Sin aplazar su presencia, emergió un campesino del escenario de sillas de madera. Traía sombrero oscuro, como los que usan los indígenas de Colta para cubrirse del frío y de las herejías católicas en la zona del Chimborazo. También lucía un pañuelo largo, que parecía sostener la mitad superior de su rostro y cubrir la base, como quien oculta una cicatriz.

– ¡Soy Miguel, miren ustedes! – dijo el campesino con voz inflexible, prosiguiendo de inmediato con tono decisivo: Hay cosas más importantes para los pueblos indígenas que el derecho romano o el derecho liberal, se llama derecho consuetudinario³ y nos protege. Además, estas tierras son nuestras, porque siempre

¹ Esteban Daza, sociólogo, es parte del equipo de investigación del IEE y del Movimiento Regional por la Tierra.

² Ally Kawsay es la organización política cantonal que en la actualidad gobierna el cantón de Cotacachi.

³ La norma consuetudinaria o costumbre es, norma de conducta que, observándose con conciencia de que obliga como norma jurídica, es tan obligatoria como la contenida en un texto legal. El origen de la norma consuetudinaria o costumbre jurídica se encuentra en los usos o prácticas sociales; cuando

...el lugar

La comunidad de La Calera, perteneciente a la parroquia urbana de San Francisco, está ubicada en la zona andina de la provincia de Imbabura en el cantón Cotacachi. Por esas cosas del capital inmobiliario y la modernización de la vida, el paisaje muestra una copla desafinada pero provocativa modulada por el alcantarillado, las casas de hormigón, el uso del internet, el celular y el alumbrado público, con las plantas medicinales, la recolección de frutas silvestres, la fiesta del Inti Raymi y los cultivos de papas, maíz y habas. Bajo una infraestructura de hierro y cemento, los hombres se encuentran encaramados vendiendo su fuerza de trabajo; las mujeres que abren los abarrotes y cuidan de las chacras, forman parte de un silencio encubridor. La gran planicie rodeada de pequeñas elevaciones que rompen el eco de la corriente, los riachuelos, el aire áspero, los cultivos de habas y papas juntos, la escuela y la iglesia, las calles poco transitadas, la energía eléctrica y las tejedoras, son parte viva de las 350 hectáreas que conforman la comunidad.

La Calera siempre ha estado resguardada por perros como el Zambo, el Bravo y la Cariñosa; por ríos como el Ambi, Pichaví y Pilambisí; y por un clima bastante amigable que varía entre los 10° grados en noches de diluvios a 14° grados en tardes soleadas. Hay varias formas de acceder a esta comunidad. Para aquellos a los que les gusta la aventura de la caminata, los dos kilómetros que la separan de Cotacachi se alcanzan en 25 minutos. Todo depende de que no se te cruce la Cariñosa, que cuida la casa de doña Margarita cerca de la entrada. Y para aquellos a los que no les gustan los perros y tampoco caminar, es posible tomar un taxi por un costo de 2,00 dólares o un bus a 0,25 centavos de dólar.

Sobre este valle se confunden las percepciones de la reproducción material y simbólica de sus habitantes. Las tradiciones mantienen viva la memoria histórica de los taytas y mamás que levantaron el territorio sobre tierra fértil, donde la producción de las parcelas satisfacía las necesidades de la familia ampliada; donde el trabajo familiar y la agricultura se fundían en la fiesta. Actualmente, las florícolas compran a bajos precios la fuerza de trabajo de hombres y mujeres jóvenes, y en fechas de altas demanda contratan personal en nombre del afecto.

...antes

La Calera *no* siempre fue así, *ni* siquiera existía. Antes de la colonia fue territorio de la confederación Kayambi-Otavalo-Karanqui. Su singularidad natural permitía el acceso a los bienes comunes y al tiempo que sus asentamientos humanos se nutrieron de

pobladores de Otavalo, Minas, Espejo, Quitungo, Cotacachi. Se presume que estas tierras eran en el siglo XVIII el latifundio denominado “La Compañía”, que pertenecía a los jesuitas. En 1776, los jesuitas son expulsados de la colonia, y estas tierras pasan a manos de la corona de España. Una vez iniciada la época republicana en el Ecuador, esta propiedad es rematada “con indios y todo” a los terratenientes criollos. En los años de la Revolución Liberal (1895-1912), las haciendas se dividen y se lotizan en pequeños predios.

Entre los años 20 y 30 del siglo XX, un grupo de forasteros visitaba cada fin de semana los centros poblados de la cabecera cantonal en busca de víveres para su alimentación. Eran los mineros de cal que habían migrado en busca de trabajo.

- ¿A dónde van? – preguntaba Carlos Flores, dueño de la tienda de abarrotes ubicada en la que ahora se conoce como la terminal de buses de Cotacachi.
- Volvemos a La Calera – respondía Don Guerra, minero.
- ¿Y dónde queda aquello? Preguntaba el tendero.
- ¡Allá! Junto a la quebrada del río Ambi. Trabajamos en las minas de cal de los patrones Jiménez, del sector de Pilavitzi – replicaba el minero.
- ¿Quiénes son Don Carlos? Interrogaba María De la Cruz, lavandera de profesión.
- Son los mineros de La Calera, la que queda de la hacienda la Compañía – respondía el tendero.

Desde entonces, el sector donde estuvieron las minas de cal se identificó como parte de poblaciones vecinas como La Calera; tierras que hoy limitan: al norte, con la comunidad de San Ignacio; por la parte sur, lo que se conoce como la hacienda de San Martín; al este, el río Ambi; y al oeste, el río Pichaví. Si es cierto que aquello que no se nombra no existe, en la sierra ecuatoriana, de herencia colonial y republicana, lo que no se encuentra inscrito y notariado subsiste en la ilegalidad. No importa la cotidianidad del agricultor, el albañil, las tejedoras, sus prácticas, las fiestas, la tierra o el agua. Si en los papeles del registro público *no* está el nombre del barrio, sector o comunidad. Simplemente *no* se tiene ningún derecho. Y lo que es peor, si *no* aparecen en las cartografías oficiales, de esas que hace el Instituto Espacial Ecuatoriano, el territorio *no* existe.

El tayta Cholo y el tayta Tinti inscriben legalmente La Calera en diciembre de 1937. Desde el momento, en el que aparece la comunidad en los registros públicos, se dice que empieza su historia. Los pueblerinos de Cotacachi y Otavalo mencionaban:

- Allá, donde eran las “caleras”, sobre sus tierras se ha sabido practicar la agricultura, la alfarería, los tejidos. Los hombres trabajan y las mujeres mantienen la casa. El 21 de septiembre son las fiestas, habría que ir.

Los primeros años la comunidad estuvieron marcados por la división de la gran hacienda. Varias fueron las formas de acceder a la tierra que permitieron a los habitantes del sector, “que para ese entonces eran apenas 50”, obtener su propiedad. La compra, la herencia, la posesión, convirtieron al territorio en un espacio de pequeñas parcelas, con un promedio de una hectárea por familia. Pero también existieron propiedades, aunque muy pocas, que concentraban más de 14 hectáreas.

Dentro de las “grandes propiedades” se reproducían prácticas de extracción de vida y renta de trabajo por parte del terrateniente. Largas jornadas de pastoreo, siembra y cosecha, “amables” relaciones de servidumbre y admiración al caporal, poca paga y la presencia de las famosas “ayudas”⁴ que eternizaban la subordinación, eran parte de la cotidianidad vivida. Y las mujeres, sus mujeres, nuestras mujeres, como diría Cesar Dávila Andrade en su Boletín y elegía de las mitas:

*“Mientras mujeres nuestras, con hijas, mitayas,
a barrer, a carmenar, a texer, a escardar;
a hilar, a lamer platos de barro – nuestra hechura” –.*

La comunidad de La Calera se formó en medio de relaciones de peones libres y un régimen de hacienda. Dos son los tipos de propietarios privados de la tierra: el pequeño quien reproduce su vida y “el grande” que extraía la vida de los pequeños.

Los Quinchiguango, los Amaguaña, los Cuchiguango y los Maigua son apellidos de los primeros pobladores indígenas de La Calera. Los Muñoz, los Flores, los Guerrero y los Bonilla, fueron los primeros migrantes mestizos que llegaron a la comunidad. Matrimonios, compadrazgos, rivalidades, labores agrícolas, las fiestas, la iglesia, la mina, el río, fueron los lugares comunes de este territorio que, a contra corriente de las premisas de liberales y conservadores, de filántropos y curas, de fundaciones y tenientes políticos, de la gobernabilidad y la gobernanza, de la democracia y la tiranía, conformaron su propia forma administrativa de relaciones sociales. La propiedad privada y las solidaridades comunes permitieron la construcción de un gobierno comunitario. Don Mariano Guerrero sería su primer presidente, antes de la década de los cuarenta.

... hoy

Desde una casa de tres pisos, con grandes ventanales que vigilan al maizal, con puertas corredizas para ingresar tras el pastoreo del ganado y dar de comer a los cuyes, aparece doña Margarita; vestía un lienzo blanco con bordados manuales,

⁴ Las *ayudas* eran préstamos económicos que los hacendados entregaban a los huasipungueros para que efectúen sus fiestas y cubran gastos de salud. *Ayudas* que debían ser canceladas a través de más trabajo e incluso de relaciones de servicio doméstico.

motivos florales e infinitos colores. Sus mangas, hombros y escote lucen cubiertos por un encaje. Dos anacos de paño, el uno claro y otro gris, cubren sus piernas de caminante rigurosa por los chaquiñanes, mientras dos fajas atrapan su cintura a los anacos⁵. De su cuello y sus brazos cuelgan guacas⁶ y manillas que brillan por la luz que emana de su rostro; mientras sus pies, que han soportado el peso de los cambios, son cubiertos por un par de alpargatas desgastadas, color azul marino.

- “La comunidad ha cambiado”, dice Doña Margarita: “Antes estábamos poquititos en la tierra, los ríos nos bañaban, no había nada de esto que ahora vemos. Antes caminábamos del centro de Cotacachi dos horas por el monte. Ahora los jóvenes no quieren trabajar la tierra, se van y regresan en carros que levantan el polvo, las calles están vacías porque se van a las empresas de flores. Todito el día trabajan, el domingo también, más las mujeres”.
- Margarita interrumpe la narración: ¡Ahí viene mi marido! Él tampoco trabaja aquí, trabaja en las carreteras de peón, ¡albañil es!

Efectivamente, a dos calles camina un hombre que porta un sombrero de paño oscuro; no se sabe de qué color fue algún día, está muy desgastado por el paso del tiempo. Sus pantalones y camisa son blancos y el pantalón le llega hasta los tobillos dejando ver sus pies aún cubiertos de hacienda. No gana el salario mínimo porque le pagan lo que el contratista diga que debe ganar a la semana: 30 o 40 dólares. El hombre se ve muy viejo y apenas sirve como cargador de sacos de cemento. Sus alpargatas blancas y el poncho azul cubren sus desgastados hombros, sobre los que llevó a cuestas a sus dos hijos y donde carga ahora los costales de asfalto.

- Soy Manuel Amaguaña. No crea usted que ésta es mi casa, dice.
- Es la casa de mi hija que se fue a Quito y que luego fue a España; de ahí mandó a construir, yo como soy albañil y ésta es mi tierra, le ayudé. Antes fui peón de hacienda.

Mirando de reojo al costado, donde está sentada Margarita, menciona orgulloso:

- Ella es mi esposa; tiene nombre de flor, pero las flores no han traído nada bueno por estos rumbos; al igual que la minería, dividen a la comunidad.
- La Margarita me dijo que busca historias de lucha por la tierra aquí en la Calera. Hay una muy importante, la de los Jatarishun, pero eso que se lo cuente el Miguel. Bajando por las moras silvestres, camine hacia la derecha; ahí vive, donde van unos niños a aprender cosas que nos les enseñan en la escuela. hasta hicieron un reloj con manillas que giran al revés, mostrando que el tiempo no es lineal y que es falso que siempre vamos hacia adelante, a eso que

⁵ Tela rectangular que las mujeres de Ecuador llevan como una falda ceñida a la cintura.

⁶ Collar de elaboración manual y que usan las mujeres Otavalo como parte de su vestimenta autóctona.

llaman progreso. Primeramente, debe saber que aquí las cosas han cambiado mucho.

La Calera ya no tiene los 50 habitantes que tuvo en los años 40 del siglo pasado. En la actualidad 1.174 personas viven en la comunidad. La mayoría son mujeres, 599 en total frente a 575 hombres. Hay más jóvenes y niños que antes, es una comunidad de nuevas generaciones; son los hijos del levantamiento indígena por los 500 años de resistencia. Hace 25 años que se viene revalorizado la cultura Kichwa-Otavalo; 87% de la población se reconoce como indígena y se plantean estrategias para hacer efectiva la interculturalidad. A pesar de que la gente sigue migrando por la falta de puestos de trabajo, es durante los días de fiestas como el Inti Raymi y el 21 de septiembre, en los que se congregan las familias para saludarse y vestir las mejores galas; acudir al Tun Dun⁷ y limpiar el mal de ojo de la ciudad.

Casi todos son dueños de su respectivo minifundio. Antes, sobre la parcela se relacionaban de manera armónica la vivienda, la chacra, los animales de crianza, los niños, los perros, la familia, la naturaleza. Era el lugar de trabajo y descanso y allí se producía para la comida y el intercambio. Setenta años después, los pedazos de tierra son cada vez más pequeños, los llaman wachufundios⁸. Sobre estos ya no existe ninguna armonía pues ahora se levantan casas de hasta tres pisos sobre una extensión de 70 metros cuadrados; algunos conservan su chacra para el maíz y frejol, siempre a cargo de las mujeres porque los hombres están fuera. Otros, finalmente, como tratando de cubrir el “atraso”, tapan la superficie de tierra con cemento para poner a descansar las camionetas en las que trasladan a los turistas que los visitan

Las actividades que permiten completar el ingreso familiar se han diversificado. La agricultura sigue siendo importante, a pesar que ya no producen toda la comida y lo poco que pueden vender les permite comprar los alimentos en las plazas. Esta actividad vocacional de la comunidad dialoga con la albañilería, el jornalero agrícola, el asalariado de la florícola, el empleado público; con las pocas tejedoras que quedan, con las empleadas domésticas y, con el empresario de sí, aquel que se integra al negocio del turismo cultural.

...los Jatarishun

Desciendo por el pasaje de las moras silvestres, girando hacia la derecha encuentro un camino empedrado. Sin dar aviso previo, aparece en censurado recibimiento el Gigante, guardián de cuatro patas y pelaje amarillo que alerta de mi presencia a sus

⁷ Vertiente de agua mineral que emana de la montaña ubicada en la Calera. Los comuneros de la zona dicen que sirve para limpiar de los malos espíritus a la gente que allí se baña.

⁸ El wachufundio se refiere a la extensión de tierra más pequeña sobre la cual se cruza el surco o la fila por donde se ha de regar el agua, o de pasar alguna semilla.

compañeros de ronda. Me detengo. Sin saber a dónde ir, una serie de voces afligidas intentan recuperar el decoro de los buenos tiempos y la buena fe; acto seguido, exclaman lastimeramente una serie de cánticos y rezos:

- Dios te salve María, llena eres de gracia...
- A tu amor nos acogemos...
- Ruega por nos... ruega por nos...

Camino unos pasos hacia atrás e intento escapar de la mirada del Gigante y de aquellas voces. Sigo retrocediendo en la incesante búsqueda de otro destino que me lleve a la casa de Miguel. El viento que agita los árboles hace que me percate de la presencia de una niña que se acerca con paso firme; sin inmutarse, la niña sorteando al Gigante y su pandilla y no le parece molestar aquellas voces de las mujeres que ruegan a Dios, piedad y misericordia. Le pregunto su nombre y, sí, conoce a Miguel:

- Soy Cristina. El Miguel Calapi es mi tío. En este momento me dirijo a su casa, está aquí cerquita. No se asuste por los perros, no hacen nada.

Junto a la niña me invade un sentimiento de seguridad. Entre sus narraciones, me cuenta que el Gigante ostenta mala fama y que su aspecto corajudo se debe a que la presencia de extraños le incomoda. El perro me deja pasar, pero me mira desconfiado.

47 pasos más adelante, nos acoge una “pequeña” casa de un sólo piso y antigua; su estructura es heterogénea, conformada por ladrillos, adobe y madera en sus paredes; el techo se tiñe de tejas de color café. Junto a la casa se encuentran dos juegos infantiles, un horno de leña; al fondo, junto a una cabaña forjada de madera y paja, a la que no se permite el ingreso con zapatos, se encuentra una pequeña parcela de hortalizas y granos.

- Espérame aquí, voy a ver si esta mi tío, dice Cristina.
- ¡Tío, te busca un señor!

Una voz responde tras la gruesa puerta que separa la convivencia familiar de los curiosos que los visitan:

- ¿Qué quiere? – era Miguel Calapi, pude reconocer su voz.
- ¡No sé! Dice Cristina.

Pasados tres intensos minutos de expectativa, aparece Miguel. Se trataba del mismo personaje que conocí hace más de 2 años; pero, en esta ocasión, su rostro se dibuja más familiar que en la anterior ocasión. “¡Claro, ahora lo recuerdo!”, exclamó, “cómo olvidar sus coplas en las marchas que hacía el movimiento indígena en contra del TLC con los Estados Unidos, en contra de la minería, y a favor del agua y la vida durante los últimos 15 años”, le dije.

Esta vez no traía sombrero ni pañuelo; dejaba ver su rostro con total libertad. Le comento, sin perder un sólo segundo de tiempo, que estoy en su casa para que me cuente cuál ha sido la experiencia en Jatarishun. La última vez que nos vimos había mencionado que en la Calera se había producido una feroz lucha por la tierra y el territorio y que ahora la gente vive mejor.

- En una sola noche no creo que le termine de contar, deben ser dos o tres veces las que nos reunamos. Végase a mi casa estos días desde las 5 de la tarde, aquí me encontrará, respondió Miguel, con cierto tono de incomodidad.

Desde aquel domingo del mes de marzo, permanecí atento durante tres días a lo que Miguel iba a contarme. Tres tardes con sus noches anduve el mismo camino, rehuyendo de mejor manera al Gigante y a esas voces que no paraban de implorar piedad.

- Escuche atentamente usted – con firme voz, decía Miguel antes de empezar cada relato.

...promesa de compra y venta

- Siempre vivimos en la Calera, dice Miguel. Cuando éramos niños, aquí de frente, por donde sale el sol cada mañana, había una propiedad, tal vez la única; era una hacienda de 15 hectáreas, cuyo propietario era Don Bolaños, un tipo bravo y alto; allí, junto a otros niños robábamos caña de azúcar para chupar.

Fue una de las pocas haciendas que existían en la comunidad, entre los años sesenta y ochenta. En esta propiedad, extensa para la mayor parte de pequeños propietarios, trabajaban de peones los indígenas del sector. La madre de Miguel prestó sus servicios de doméstica, cosechadora, preparando la tierra y haciendo mandados.

- Mi padre fue funcionario público. No había buena relación con él en casa, bebía mucho y esto provocaba una serie de maltratos. Cuando venía borracho, decía que él me quería y me abrazaba con su poncho olor a trago. Luego, todo se volvía oscuro y mi madre lloraba. Mi padre murió por una enfermedad incurable; yo tenía 6 años. Dos semanas después muere mi hermano mayor con tuberculosis. No sé cómo sería el dolor familiar, pues, a secas íbamos quedando pocos: mi madre, mi hermano menor y este terco.

Continúa Miguel:

- De repente, la hacienda de Don Bolaños ya no tenía 15 hectáreas sino menos. Éste hizo un buen negocio con un tal Carlos Estrella. La nueva hacienda era de 9 hectáreas, las otras 6 hectáreas, Don Bolaños las había vendido retaceadas a varios comuneros.

Carlos Estrella era un gamonal oriundo de Ibarra, ex hacendado de la propiedad la Magdalena; fue miembro de aquellas familias de grandes terratenientes de Imbabura y dueños de casas coloniales. Don Estrella, como lo llamarán los campesinos de la Calera, fue un hombre solitario, tenía un hijo abogado y padecía de una dulce enfermedad, la diabetes. Se alimentaba a base de zambo con dulce y canela todo el día. Su espíritu de filántropo le permitió, en poco tiempo, ganarse el apego y simpatía de los campesinos. Don Estrella continuará con la tradición implantada por el anterior dueño de la tierra. Esta tradición generaría durante varios años una serie de relaciones precarias de empleo y distribución de humillaciones a los comuneros aledaños cada vez que estos venían a pedir agua del río que pasaba dentro de los linderos de la hacienda.

En el período de 5 años, su enfermedad empeoró. Don Estrella no pudo resolver varias dificultades: dejó de pagar a los peones y mayordomos, contrajo algunas deudas y resistió un pleito con su hijo. Estamos hablando del año 1988. Se supone que los abogados y más aún, los hijos, están para brindar apoyo a sus padres; sin embargo, el gamonal había puesto un juicio a su hijo por adulteración de escrituras, denunciando que éste quería quedarse con la propiedad.

- ¡De este terreno no va a ser dueño nadie! ¡Estas tierras van a ser de ustedes! ¡A ustedes les dejaré todo! Decía Don Estrella a los comuneros que le atendían y acompañaban durante su agonía. Yo, soy un hombre viudo y sólo y lo único que quiero, es terminar mi vida aquí.

El hijo de Don Estrella desapareció de la Calera. No se le vio más caminar por ese lugar. Y no se esfumó de vergüenza precisamente. Su padre, le había entregado dos millones de sucres para que se largara de una vez por todas.

Unos meses antes de la muerte de Don Estrella, fueron apareciendo una lista de oportunistas, que aguardaban sigilosos y con apremio a que muriera el enfermo. Su presencia era como la de los gallinazos que sobrevuelan la agonía de quien se convertirá en su alimento. Así, en la Calera, aparecieron por primera vez los oficiales de crédito⁹ de la entidad bancaria más antigua del Ecuador, quienes le ofrecían sacarle de las deudas con más deuda. Como granos al maíz, cuñadas y cuñados resurgían desde lugares nunca registrados; hasta una potencial viuda lamentaba la inminente pérdida de su esposo enfermo. Y quienes querían arrendar el terreno para su usufructo, ofrecían al propietario continuar con su buen trato al indio, con tal que le arriendaran un buen pedazo de suelo productivo.

En 1990 los santos óleos son escuchados por campesinos y mayordomos que despedían a Don Estrella, que acababa de fallecer donde siempre quiso, en la Calera.

⁹ Son ejecutivos bancarios que asignan préstamos a altos costos de interés a cambio de hipotecas o prendas que les garanticen la devolución de su dinero y la acumulación de los réditos.

Sus más allegados, comuneros y peones, prosiguieron sin descanso, haciendo brotar del suelo el alimento para sus familias. La permanencia de los peones en la hacienda, posteriormente a la muerte del gamonal, incrementó la deuda con aquellos ya que nadie había pagado durante años su trabajo. Unos meses atrás, Don Estrella y una de sus familiares, habían firmado una promesa de compra y venta con las familias indígenas y campesinas que le sirvieron durante buen tiempo.

Día tras día, los campesinos se preguntaban cómo iban a administrar la hacienda que un papel escrito a máquina decía que les pertenecía; todo ello, sin sospechar que empezarían la lucha por la tierra y el territorio frente al sistema de despojo.

- ¡Miguel, Miguel! Tú sabes leer y escribir ¡Ayúdanos! Nos quieren quitar la finca de Don Estrella, nosotros ya pagamos la primera parte; yo mismo vendí mis bienes para poder dar la cuota. – Asustado e indefenso, exclamaba el tayta Chucuri, peón de la hacienda–.

Para los tiempos que corrían, Miguel era un joven de 20 años y trabajaba con una fundación que construía 58 viviendas para comuneros de la Calera. El proyecto le obligaba a enterarse del sentido de tener un título de propiedad y promesas de compra y venta; pero, sobre todo, era uno de los pocos que vivía en la comunidad que sabía leer y escribir; cualidades que le permitirán convertirse en un joven dirigente.

... falso heredero y los nuevos dueños.

Los taytas y las mamas confiaban en el documento que habían visto y firmado alguna vez, y que Don Estrella y su cuñada mencionaron que existía; en dicho texto se decía que ellos son los dueños de la hacienda.

- Pregunté ese momento, al tayta Chucuri, dice Migue, Muéstrenme el papel, ¿dónde está?
- Nosotros no lo tenemos – menciona el tayta.
- ¿Quién lo tiene? ¿Dónde lo hicieron?
- Con un abogado en Ibarra – respondía de forma segura el tayta.

La ciudad blanca de Ibarra no se parece en nada a la Calera; en ese lugar todo está inundado de cemento con muchas calles, casas, carros y abogados. Aquel doctor en jurisprudencia que hizo el escrito en su máquina de escribir, marca Olympia-Deluxe con cinta de dos colores, nunca apareció.

- Vamos a buscar a la cuñada de Don Estrella – cuenta que especuló Miguel cuando se encontraba en Ibarra.

- Mire señora, venimos por la promesa de compra y venta de la finca de Don Estrella, ésa de la Calera.
- ¡Sí! Yo la tengo, contestó la cuñada.
- Entréguenos. Debemos protocolizar y luego llevar al registro de la propiedad para hacer efectivo este acuerdo. Miguel aún tenía la esperanza de que sólo era un mero trámite.

Evidentemente, era un papel sin validez alguna. En ese momento, el escrito indicaba que fueron 17 familias las que habían firmado. Pero ni el documento ni las firmas estaban protocolizadas, peor aún registradas. Las averiguaciones y trámites por legalizar la compra continuaron. Llegaron a Urcuquí, tierra de campesinos pobres y de aspiraciones magnánimas de los revolucionarios del siglo XXI; se trataba de un territorio en el que actualmente se construye “la ciudad del conocimiento”, donde un profesor que no habla castellano y menos aún kichwa gana una verdadera fortuna, 16.000 dólares al mes; además de 300 dólares diarios de viáticos, sólo por “transferir” conocimiento a nuestros pueblos y haber escrito más de 100 artículos en revistas científicas.

Allí en ese lugar, muchos años atrás, Miguel y el tayta Chucuri pasaron dos horas *haciendo fila*¹⁰ en la oficina pública que protocoliza firmas. Tras pasar tres horas más en el registro de la propiedad de Cotacachi para registrar la finca, se enteraron que la promesa de compra y venta no podía ser registrada debido a una orden de embargo a la propiedad.

Después de medio siglo de colonización y lucha, aún sigue vigente la coalición entre el poder de lo público y el poder de lo privado a favor del despojo de la tierra, el agua, la vida y la dignidad de las poblaciones indígenas y campesinas en estos territorios. Entre 1990 y 1992, al grito de “levantamiento indígena por los 500 años de resistencia”, Miguel Calapi se integra en un proceso de lucha reivindicativa propuesto por la CONAIE¹¹ y se pone al frente de las demandas de las 17 familias de la Calera encabezando la lucha de lo que más tarde serán los Jatarishun.

- ¿Y por qué no se puede vender ni comprar? Preguntaba Miguel al burócrata que los atendía en la ventanilla 09 del registro de la propiedad de Cotacachi.
- En este registro existe una orden de embargo de esta propiedad por un monto de 2 millones de sucres. Por lo tanto, el predio nunca pudo ser vendido ya que está embargado, confirmaba con aire de desprecio el mestizo funcionario público.

¹⁰ Hacer fila, es permanecer de pie, de tras de un grupo de personas que esperan deseosas e impacientes por ser atendidas en un servicio público.

¹¹ Confederación de Nacionalidades y Pueblos indígenas del Ecuador.

Varios meses pasaron en vilo aquellos campesinos en relación a la propiedad de las citadas 9 hectáreas. Consultaron a varios abogados de la República y todos mantenían la misma respuesta:

- No hay nada que hacer, entreguen esas tierras y váyanse, evítense problemas legales. Sólo sabían que debían continuar con la posesión de las tierras.

Tras una noche lluviosa en la que descendió la helada sobre sus cultivos, todo se quemó a su paso. Aquella mañana timorata, descendió del auto Suzuki Forsa, un hombre blanco, alto, muy alto, rubio, con traje gris impecable, portafolio y zapatos de ciudad. Después de reunir a todos los campesinos que estaban en la hacienda, les comenta:

- Soy el hijo de Carlos Estrella, mi padre ha muerto y vengo a administrar sus tierras. ¿Cuánto dinero les debo por sus trabajos? Quiero pagarles hasta el último centavo. Soy gente de bien y no me gusta deberle nada a nadie, afirmaba.
- ¿Sí me reconocen? – se desata un silencio efímero.
- ¿Sí me reconoces? – vuelve a repetir aquel hombre de traje.
- Si, patrón Don Mauro, sí, medio, medio, me acuerdo. – dice Agustino, ex peón de la hacienda.

Miguel, que se encontraba ese momento en la hacienda apoyando las labores de revisión sobre lo que había dejado la helada a su paso nocturno, desconfía inmediatamente del extraño, y habla para sus adentros- no creo que en tres años haya cambiado tanto la forma de su cuerpo, piensa.

- ¿Ya me reconocieron? ¿Cuántos son? Necesito saber quiénes están en la hacienda para pagarles, con tono de gamonal, presionaba el heredero.
- Somos 40 y trabajamos ya más de tres años sin paga, ¡Pero hicimos un compromiso con Don Estrella, antes de su muerte! Exclamó el tayta Chucuri.
- Esos compromisos no sirven. Si son 40 y trabajaron más de tres años sin paga; ¿Dónde están los alimentos que sacan de estas tierras? Con eso deben sentirse pagados. Pero a pesar de eso les daré algo. Soy gente de bien y no me gusta deber nada a nadie.
- Aquí está la compra y venta, éste es el compromiso; si a esto quiere negarse, Don Mauro, es mejor que se vaya– dice Miguel, poniéndose al frente de los ex peones.

El heredero no toma atención a lo que dice el campesino ni lo que está escrito en el papel y comenta:

- Regreso en 15 días para dejar todo resuelto –sube al Suzuki Forsa en el que llegó y se marcha.

Pasaron 15 días, un mes, tres meses; después de la siembra y la cosecha, el mismo auto Suzuki Forsa y varias motos que traían en cada una, dos gendarmes de la fuerza pública, se estacionan al interior de la finca.

- Buenos días señores. La vez anterior un jovencito se alteró, es por esa razón que vengo con la policía. Ustedes ya me reconocieron, yo tengo el poder sobre todas las tierras – era nuevamente quien se decía el heredero de la finca.

Una vez reunidos, los campesinos entablan un diálogo estratégico en kichwa. Esparciéndose por la hacienda, bloquean las entradas y salidas con piedras y palos, encerrando a los policías y a quien se decía hijo de Don Estrella. El ambiente se torna tenso, los gendarmes se alarman, insultan, se vuelven agresivos; los indígenas resisten y se mantienen en la medida. Miguel se hace cargo de la situación con el apoyo de sus compañeros.

- Nosotros no vamos a hacer ningún daño, simplemente queremos la identificación de ese señor que dice llamarse Mauro, el heredero. Nosotros tenemos un compromiso firmado, y usted señor, no lo quiere reconocer– anuncia Miguel con voz firme.

El ambiente se vuelve más conflictivo, el presunto hijo de Don Estrella se niega a ceder su identificación, es sujetado y obligado a entregar su cédula a los comuneros. La policía quiere intervenir de forma violenta utilizando sus armas de dotación, esas acciones hacen recordar que en esos precisos instantes, la policía nacional persigue a los dirigentes del levantamiento indígena en todo el país y varios habían muerto en manos de paramilitares. De repente se escucha nuevamente esa voz que guía:

- ¡Traigan los machetes y pinchen las llantas de los vehículos, traigan el combustible!

Ante la presión, el heredero saca la cartera del bolsillo posterior de sus pantalones y entrega la licencia de conducir que indicaba:

“Nombre: Gustavo Villamar, economista de profesión, propietario del vehículo Suzuki Forsa, placa, PVT245, lugar de nacimiento Ambato”. Este hombre, alto, muy alto, no tenía ninguna relación de parentesco con la familia Estrella. Tras un largo instante marcado por la tensión, los comuneros consiguen desenmascarar la agresión y dejan que se vayan los policías y el presunto heredero. Éstos huyen sin conseguir nada más que un buen susto.

Días después del altercado, los comuneros se enteran que el Juzgado Cuarto de lo Civil de Pichincha es quien mantiene la orden de embargo por 2 millones de sucres sobre la propiedad de Don Estrella; cantidad de dinero que asciende con multas e intereses de

mora, a 4 millones. Como las instituciones financieras y los chulqueros nunca pierden y siempre vuelven por su dinero, se pone de remate las tierras por esa cantidad.

Por su parte, los campesinos y Miguel insistían en demandar la propiedad de sus tierras, tanto legalmente como legítimamente. Acudieron durante meses a decenas de abogados, pero nadie quería representarlos, era para dichos “profesionales”, un caso perdido. De forma insistente, Miguel y sus compañeros llegan a la Federación Indígena y Campesina de Imbabura-FICI donde finalmente les dan asesoría. Andrango, Cabascango y otros compañeros se solidarizan con la lucha y la visibilizan como parte de la organización. La lucha alcanza una trascendencia tan importante en la provincia que acuden a la CONAIE. Por primera vez, Miguel y los comuneros dejan de ver por la televisión a Macas y Pacari, líderes del levantamiento indígena del 92 y los conocen en persona.

La primera acción legal que realizan los comuneros consiste en hacer una demanda judicial por esa tierra al Instituto Ecuatoriano de Reforma Agraria y Colonización IERAC. Mientras dura el juicio, el municipio de Cotacachi declara toda la zona de la Calera como suelo de uso urbano. El cambio afecta a la demanda y las tierras no son devueltas a los comuneros; pierden el juicio.

La resistencia permite que se unan más indígenas y campesinos del sector para poder declarar ese pedazo de tierra como comunitaria e iniciar un nuevo proceso de lucha; en los buenos tiempos, llegan a ser 68 familias. No obstante, las amenazas de muerte, persecución, advertencias de encarcelamiento instauró el miedo en la comunidad; la gente murmuraba, “aunque sea sin terrenito hemos de vivir”. El grupo se reduce, nuevamente quedan 17 comuneros y Miguel, los mismos que habían firmado el compromiso de compra y venta con Don Estrella.

Estos inconvenientes no agotaron las fuerzas y la creatividad de los comuneros de la Calera; pensando en una nueva estrategia para recuperar sus tierras, en 1993 acuden nuevamente a la CONAIE, en Quito. Piden reunirse con Pacari:

- Tienen que organizarse legalmente, deben establecer una asociación – les dijo Nina.
- Miguel responde – “Levantemos por la tierra”, ése sería el nombre de nuestra asociación.
- ¡Correcto! Pero eso está bien para nivel nacional, debe ser algo local, indica Nina.
- Entonces Asociación de trabajadores autónomos Jatarishun, ¿qué le parece?, sugiere Miguel.
- Ese nombre está muy bien, hagamos los papeles para la inscripción, responde Nina

Con ese nombre empezaba un nuevo conflicto para el grupo de comuneros de la Calera. El trámite de inscripción se realiza en el Ministerio de Bienestar Social, más conocido por la población indígena como el Ministerio del Malestar Social. A unos días de haber dejado el trámite en la institución burocrática, su inscripción como personería jurídica es impugnado por un grupo de desconocidos abogados que no querían su legalización como asociación.

Sin explicación alguna de los intereses que estaban detrás de las impugnaciones que impedían que indígenas y campesinos ejerzan su derecho legítimo de libre asociación y organización, se comprueba que un banco y una compañía crediticia son los 'nuevos' dueños de la hacienda; también se detecta que una federación de abogados asesoraba todos sus trámites, los mismos que habían impugnado la inscripción del grupo de indígenas.

¿Cómo llegaron estas instituciones a ser los propietarios? En 1991, una mujer de avanzada edad, se declara esposa de Don Estrella; lo hace después de su muerte y en ese preciso instante se convierte en "viuda" legal. El hijo quien había interpuesto el embargo por una letra de cambio firmada por su padre, por el valor de 2 millones de sucres, más intereses y multas, presenta el remate de la hacienda y las empresas pagan el remate; compran la hacienda mientras que la viuda cobra el dinero.

...violencia y desalojo

Mientras que a las 5 de la mañana, en regiones costeras, el canto de las aves interviene para abandonar el sueño, la bocina del vendedor de pan avanza en bicicleta, vende hilos de esperanzas. En esos precisos momentos, en la Calera, Miguel camina por los chaquiñanes adornados de nogales, con un destino incierto. Él creía que el camino que conocía de memoria lo llevaría al centro poblado para averiguar cómo avanzar en la legalización del Jatarishun.

- ¡No te asustes! No te va a pasar nada si firmas este papel, escuchó Miguel a sus espaldas sintiendo la presencia de la muerte; esa misma voz extravagante también le había puesto un filoso cuchillo sobre su garganta.
- ¡Anda, firma! Exige la voz oscura que presionaba el cuchillo sobre su humanidad.

Miguel sabe que lo matarán de todas formas; la agresión que recibía lo mantenía en el suelo desde hace algunos minutos. Eran ocho encapuchados que castigaban sus sentidos a puntapiés, insultos, garrotazos; la amenaza se tornaba cada vez más real.

- ¡Ya no me peguen! ¡Firmo! ¡Firmo! ¿Dónde debo firmar? – grita Miguel con voz cómplice de sí mismo, como tramando algo.
- Firma aquí, y rápido.

Le entregan un documento, como la historia contada por los conquistadores, plana, teleológica, sin la presencia de los que resisten y combaten por un mundo para todos. La hoja relataba las intenciones de los que tienen el poder. Miguel toma el documento, aunque sabe leer y escribir; en el horizonte del papel no se divisa una sola letra pero puede interpretar esa ausencia como la renuncia a la lucha por esa tierra. Abre y cierra el papel varias veces, para finalmente escupir en su interior y con toda su fuerza arrojarlo a escasos metros de distancia.

San Miguel Arcángel que está en los cielos, custodio de la ciudad blanca y vigilante de la justicia sobre sus territorios, había abandonado a su suerte, a su tocayo en la tierra. Al medio día, un cuerpo yacía abandonado, con las manos atadas, un pañuelo en su boca y cerca de una fuente de veneno. Era Miguel, sin conocimiento.

- ¡Fuerza Miguel, te apoyamos! ¡Fuerza Miguel, te apoyamos!
- ¡Fuerza Miguel, te cuidamos! ¡Fuerza Miguel, te cuidamos!
- ¡Fuerza Miguel, de aquí no nos vamos!, ¡Fuerza Miguel, de aquí no nos vamos!

Tales eran los gritos de hombres y mujeres indígenas que conocían a Miguel y la lucha emprendida por los Jatarishun.

Decenas de personas se habían apostado en los exteriores de la casa de salud donde Miguel era atendido por los galenos que ofrecían múltiples diagnósticos de su estado:

- ¡Se quedará ciego! ¡No volverá a caminar! ¡Estará para siempre postrado en una estera, pues el veneno afectó el sistema nervioso! Etc., etc.

Sus compañeros no temían por las secuelas del ataque, pues sabían que Miguel gracias al chapo¹² y el puro¹³ soportaría golpes y veneno. Su madre le había dado ya sus bendiciones y se encomendó a su cuidado. Lo que les preocupaba realmente era el peligro que corría dentro del hospital; por esos días había caído abatido uno los líderes del levantamiento indígena en manos de paramilitares y no dudaban que algo así le podría pasar. Era el año de 1993, Miguel luego de una temporada de recuperación logra salir vivo de la casa asistencial.

Día a día las agresiones contra los campesinos se tornaban más violentas hasta que en julio de 1994 se desata el gran desalojo.

- Habían 150 chapas¹⁴, armados, con pistolas, gases de esos que hacen llorar, con trajes negros y grises, con motos y caballos.
- Seis de nuestros compañeros fueron arrastrados y luego detenidos.

¹² Chapo, es el resultado de la mezcla de la machica y leche, a veces se combina con maíz.

¹³ Licor artesanal de caña de azúcar.

¹⁴ Chapa es el sobrenombre que se le da a la Policía Nacional para identificarlos como aquel que encierra al que protesta.

- Logré escapar ese día, pero de ahí en adelante, tuve que usar bigotes largos de pelo de caballo, me remangaba el pelo bajo el sombrero y me convertía en otra persona, pues me querían llevar al penal, estaba acusado de violador, pandillero, invasor a la propiedad privada, me habían declarado culpable de esos cargos y tenía una sentencia de 18 años de cárcel.
- Debía huir – relataba Miguel, mientras miraba a sus hijos en los juegos infantiles.

...los exiliados de la tierra

Miguel logró escapar de la Calera y del país junto a otros campesinos. Encarga el cuidado de su madre al hermano menor. Sin destino fijo, pasan por Centro América, el Caribe, llegan a México y descienden nuevamente esta vez hasta Chile; en dicho país conocerá al cura filósofo que motivará la continuidad de la lucha.

- Soy el padre Juan Esteban V.; vivo aquí en Chile pero soy de Holanda, ustedes son de Otavalo, ¿Qué hacen en este país? El apoyo del padre será para los comuneros, de aquí para adelante, el aliciente que necesitaban, pues por algún tiempo vivieron de lo que sabían hacer: cantar y realizar artesanías.
- Somos de la Calera, de Imbabura, cerca de Otavalo. Estamos aquí padrecito porque en el Ecuador somos perseguidos; durante los últimos tiempos hemos peleado por nuestros derechos, por recuperar aquello que hace 500 años los colonizadores nos quitaron: la tierra y el territorio. Aquí estamos escondidos. – Informaba Miguel al cura.

Después de largas horas de conversación, el padre Juan Esteban V., que también era sociólogo, profesor universitario en Iquique y estaba interesado en la doctrina de la iglesia de los pobres, decide apoyarlos; les brinda casa, comida y les invita a difundir su lucha en varios conversatorios. Empezaba otra experiencia para los exiliados de la tierra. Miguel y los otros comuneros pasan momentos de tranquilidad. Una de esas mañanas después del desayuno, como si presintiera algo, Miguel llama a sus familiares en la Calera:

- ¡Oye Miguel! Debes volver, mamá se está muriendo-, menciona su hermano quien había quedado a cargo del cuidado de su madre.
- No tengo dinero, ¿Cómo hago? – responde desesperado Miguel.
- Hermano, mi madre siente tu ausencia, se está muriendo de la pena, no sabe dónde estás, debes venir a ver sus últimos días.

- Padrecito, ayúdeme, mi madre está muriendo, debo ir a verla y no tengo dinero
– Miguel ruega al cura que lo apoye.
- No te preocupes Miguel, anda a ver a tu madre.

A los pocos días de llegar a la Calera, su madre se despedía y agonizaba en los brazos del hijo ausente que ha vuelto a sentirla morir. El mundo le quitaba otra causa por la que luchar. Primero, la tierra y el territorio; y ahora su matriz, lo único que lo ataba a volver, también lo desterraba. Sin ganas de vivir, Miguel encontraría en el placentero puro¹⁵ las oportunidades de brindar por la evasión. Seis meses sin descanso celebraba con el licor de caña, junto a los chaquiñanes, las alucinaciones sobrias de su progenitora.

- Miguel tienes una llamada –anuncia Manuel Guerra, tendero de abarrotes, quien proporciona el licor suficiente a aquellos que quieren olvidar las penas o recordarlas aún más.
- ¿Quién es? Pregunta Miguel al tendero.
- No sé, es un gringo creo, no se le entiende lo que habla –decía el cantinero, mientras extiende la mano para entregar el teléfono.
- ¡Diga! – pronuncia Miguel juntando sus labios con la bocina del teléfono, mientras sus ojos en crisis miraban a su madre preparar el chapo para la cena.
- Soy Juan Esteban V., te voy a dar un consejo y me vas hacer caso, anuncia el cura.
- A tí te necesita el pueblo, tu pensar es sano, a tí te acompaña nuestro Dios. Escucha Miguel, has perdido a tu madre biológica, pero aún tienes a tu madre tierra, aunque tú creas lo contrario. Debes retomar esa tierra que te espera. Toma el último trago y el resto compártelo con tu madre que te estará bendiciendo.

Miguel tomará el último tercio de puro que tenía en su mano izquierda; el resto lo deja caer sobre el suelo. Se dirige a descansar y se levantará a organizar por la mañana. La Calera había dejado de luchar. La última vez que escucharon su voz para alentar y salir al encuentro de lo que se avecinaba sin temor alguno, fue hace más de 18 meses.

Llegaron los últimos meses de 1995. Después de tomar varios litros de agua cocida en su misión de aliviar la resaca, Miguel visita a cada uno de los 17 miembros de la Jatarishun que habían sido desalojados y perseguidos; todo en el intento de convencerles para que continuaran con la lucha. La gente lo escuchaba con mucha duda por sus meses de pena y alcohol; pensaban que las alucinaciones lo habían

¹⁵ Puro es licor de caña de azúcar destilado artesanalmente, llega a tener 44 grados de alcohol.

vuelto loco. Sin embargo, todos asisten a la reunión de las cuatro de la tarde a la que, les había invitado.

- ¡Acepto retomar la lucha! – grita el tayta Chucuri...
- ¡Queremos recuperar la tierra! ¡Retomemos, retomemos, retomemos! – dice Pedro, Enrique, Alfredo.

Preparan la estrategia para recuperar la hacienda con varios días y sus noches. Eran las 5:30 am, del viernes santo. Suenan detonadores y una estampida humana somete a guardias y cuidadores, tras unos minutos, a las 6:12 am del santo día, los Jatarishun se declaran en posesión de las tierras de sus ancestros. Nueve hectáreas, 17 familias y una asociación legalizada en octubre de 1994 serán sus bases para continuar.

Mientras, las piedras, palos, detonadores, carabinas y la firmeza de hombres y mujeres Jatarishun resistían ante cualquier orden de desalojo, otra lucha (la de las vías oficiales), iniciaba. En 1996 Auqui Tituaña fue elegido alcalde del Cabildo de Cotacachi por el Movimiento Pachacutik¹⁶; con el asesoramiento jurídico de la CONAIE logran que en 1997 se declare en utilidad pública la hacienda. El municipio entrega el 5% de avalúo sobre el valor de la hacienda mientras los indígenas y campesinos emprenden la búsqueda de financiamiento para comprarla.

...título de propiedad

El sueño de obtener el título de propiedad estaba cada vez más cerca. Miguel fue absuelto de la condena de 18 años de cárcel y de los juicios iniciados años atrás contra él. Presentaron cientos de solicitudes de crédito pero todas eran rechazadas; las financieras no daban créditos a indígenas en posesión.

Las prácticas de salud ancestral que desarrollaban los indígenas de Jatarishun les permiten recorrer el mundo dando conferencias sobre su saber. Lo poco que podían ahorrar de este intercambio de experiencias permitía sostener la ilusión de que algún día comprarían sus tierras; la brecha era cada vez menor. Se dieron una serie de invitaciones; pero fue la realizada a Suiza la que les permitirá conseguir el dinero que faltaba. Corría el año 2006.

Una vez cancelado el pago total del costo de la hacienda, en 2009 recibirán el título de propiedad y la escritura pública a nombre de la Asociación de Trabajadores Autónomos Jatarishun. Han transcurrido 22 años de lucha.

¹⁶ Pachacutik es el movimiento político vinculado con la CONAIE.

...sembrar, compartir y convivir

De camino hacia lo que fue la tierra de disputa, desde la casa de la familia Muñoz, donde me hospedo, lo único que se escucha es el transitar de los riachuelos. Venía acompañado de William vicepresidente, del Consejo de Gobierno de la Calera y de Miguel, que nos comenta:

- Cuando tenía 8 años, con mi madre caminábamos más de 25 kilómetros a pie descalzo. Salíamos a las 2 de la mañana y llegábamos a Muinala, la comunidad más alta, a las 11 de la mañana; hacíamos dos descansos. Llevábamos sacos de maíz y en Muinala intercambiábamos con papas y habas. Este intercambio era bien diferente, por unos cuantos granos de maíz traíamos dos saquillos de papas, no había equivalente, traíamos lo que necesitábamos.
- ¡Sí! Eso me cuenta mi abuela; antes la vida era más generosa, ella también es de los Jatarishun, menciona William.

Durante la década del 60 y 70 del siglo pasado, en la comunidad la Calera se efectuaba el intercambio del *aprecio* que consistía en la práctica de “sembrar, compartir y convivir”; tres elementos de la cotidianidad que permitían a sus habitantes mantener una relación armónica con la tierra, el agua y el cosmos, generar mecanismos de transferencia de conocimientos entre generaciones; y finalmente, cuidar de la salud. No había prácticas transaccionales mediadas en su totalidad por la moneda y el intercambio equivalente; este tipo de intercambio que empobrece aparece con fuerza desde los años 80.

- Antes de obtener el título de propiedad de la tierra, menciona Miguel, elaboramos una propuesta para que el Municipio de Cotacachi nos la otorgara bajo la forma de compra y venta. Nuestro proyecto fue recuperar el intercambio del *aprecio* que se basó en tres pilares: la producción agrícola, el aprendizaje y la salud.

...Tierra, agua, producción y turismo

Las nueve hectáreas de la Asociación de Trabajadores Autónomos Jatarishun están divididas en áreas para la producción asociativa y áreas de descanso y recreación. Luego de entregado el título de propiedad de dichas tierras, el desafío consistió en resistir a la presión de la economía capitalista que ha invadido la cotidianidad del sector y la propuesta se basaba en recuperar el *aprecio*¹⁷.

¹⁷ El *aprecio* es la forma de intercambio que se desarrolla sin dependencia de la equivalencia, se asocia a las necesidades de las personas y la naturaleza. Rechaza la moneda (dólares, pesos, soles, sucres); y

Miguel explica cómo emerge la propuesta productiva y turística:

- El reto era mantenernos juntos. Las tierras estaban cultivadas, el trabajo en la finca era asociativo y el producto era distribuido según las necesidades de los trabajadores y sus familias, pero debíamos pensar en cómo mantener las nueve hectáreas como espacio de todos, sabíamos que no podíamos escapar totalmente del sistema económico; así que decidimos mantener los cultivos, mientras la tierra que no estaba siendo cultivada sirvió para organizar un espacio recreacional que luego se convirtió en turismo comunitario. Nuestra propuesta no es el turismo de mercado sino la convivencia en el mundo rural. Queríamos un espacio alternativo y hasta nuestra propia moneda.

Nuevamente alzo la mirada ante la finca: entre las canchas de fútbol y la casa de acogida para visitantes se ubica el centro de acopio de leche; avanzados unos metros más al oriente se levantan los cultivos de maíz, habas, chochos, fréjol, hortalizas y papas; el pasto es frecuentado por el ganado. La propuesta turística lleva el nombre de Tambo Jatarishun y su administración en la actualidad está a cargo de las mujeres; ellas tienen la misión de la recepción de los paseantes, cuidar de las piscinas de pesca deportiva y cocinar las truchas que allí se atrapan. Dirigen los fondos económicos generados por las actividades; sin embargo, la potestad del gasto se hace de forma asociativa; como los arreglos de las piscinas de truchas, mantenimiento del complejo y la organización de fiestas son parte de las decisiones de la asamblea.

... sistema de aprendizaje

Al ingresar a la casa de Miguel se puede leer una inscripción que da la bienvenida al Centro para Actividades Autónomas Kausan Capak, el cual está ubicado en la parte posterior de la vivienda. Antes de ingresar al Centro, debo retirarme los zapatos; el par se queda en la escalera de madera que permite la entrada. Tiene un techo como la cumbre del Imbabura, muy elevado; todo es de manera: el piso, las bancas, los escaparates. Encuentro el reloj que gira al revés en medio de un compendio de figuras del cuerpo humano, obras literarias, ventanales que estimulan el ingreso de la luz; es un lugar acogedor. Miguel invita a que me siente:

- Nosotros estamos seguros que no debe existir la asociación entre dinero y educación. Las personas no deben preocuparse en conseguir plata para estudiar. ¡Mi guagua no tiene uniforme! ¡Mi hija no tiene mochila! ¿A caso el chico que tiene mochila, uniforme, calculadora, es un buen estudiante? Hay que cambiar esa mentalidad.

crea su propia moneda de intercambio donde se expresa el *aprecio* que es el reconocimiento que hacen las personas a los bienes de uso que se intercambian en función de las relaciones recíprocas entre ellos.

- En este centro educativo no hay recreos, no exámenes, no uniformes, no profesores, no televisiones, no computadores, no útiles escolares, no deberes; pero, sobre todo, no hay títulos; sólo hay poetas, músicos, escritores, somos genios.
- No somos una facultad de ciencia que entrega un cartón. Un individuo no puede llevar marcas ni etiquetas, sólo reconocerse como ser humano.

El Centro se inicia en 1999 no tiene personería jurídica; y menos aún, está registrado por el Ministerio de Educación del Ecuador. La única formalidad que sustenta su existencia es haber declarado al país como un Estado Plurinacional e Intercultural desde 1998; y la confianza de los más de 20 padres de familia que envían a sus hijos es este centro de formación para la vida. Diversos son sus ámbitos de enseñanza, la economía, el arte, la agricultura, la literatura. Pero, sobre todo, se impulsa la creatividad. La educación depende de las realidades locales y de la puesta en práctica de aquellos valores afectivos, respeto, amor y aprecio.

- Aquí enseñamos a nuestros hijos a ser críticos con el dinero; éste daña y explota la Pacha Mama. Queremos que nuestros hijos no sean unos extraterrestres, que vivan de espaldas a la naturaleza, nuestras guaguas son seres humanos que comprenden las cosas de la tierra, afirma Calapi-.

...compartir salud

Los conocimientos de los taytas y mamás que forman el Jatarishun comparten con el mundo su sabiduría sobre salud ancestral. Este hecho permitió conseguir parte del dinero para pagar el valor total de la tierra. Se trata del tercer elemento que sostiene a la asociación como espacio autónomo: compartir salud.

- La palma de la mano no es para leer la suerte sino para saber a qué planta perteneces, con quién estás conectado. Primero hay que escanear la palma a través del vapor y el empaste de barro; las grietas que puedes ver en el barro son similares a la imagen de la hoja de la planta a la que pertenece el cuerpo humano.

Para los Jatarishun la salud tiene articulaciones armónicas con la alimentación, la relación con el entorno físico, con el amor y el respeto.

Estos tres pilares de la Asociación de trabajadores Autónomos Jatarishun son practicados de manera cotidiana tanto entre los asociados como por aquellos comuneros que se adhieren a la propuesta. Una de sus prácticas más comunes es la organización de ferias alternativas de lo que ellos denominan “eco-si-mia”. En este espacio se intercambian alimentos por libros, ropa por salud, o cualquier bien por satisfacción de necesidades, es la experiencia concreta del *aprecio* en pleno siglo XXI.

Línea de tiempo

2010		Inauguración del Tambo Jatarishun
2009		Reciben el título de propiedad
2006		Los campesinos del Jatarishun pagan el total de la deuda por la hacienda
1997		El municipio de Cotacachi declara en utilidad pública la finca
1996		Auqi Tituaña es alcalde de Cotacachi, facilita el acceso a la tierra
1995		Muerte de Madre de Miguel, retoman la lucha por las 9 hectáreas
1994		Aprobación del registro de los Jatarishun
1994		Desalojo y exilio
1993		Atentado a Miguel Calapi
1993		Realizan el trámite de inscripción del Jatarishun

1991		Las 17 familias toman posesión de las tierras
1990		Muerte de Don Estrella y firma de contrato de compra y venta
1983		La Hacienda de Don Bolaños es comprado por Don Estrella
1960-1980		Prácticas de intercambio del "aprecio"
1937		Inscripción de la Comunidad de la Calera en escrituras públicas

Créditos

Asociación de trabajadores Autónomos Jatarishun.

Concejo de Gobierno de la Comunidad de la Calera.

Sistematización y redacción Esteban Daza

Edición y comentarios del Instituto de Estudios Ecuatorianos

Alejandra Santillana

Isabel Salcedo

Laura Rodríguez

Para esta sistematización entrevistó a Miguel Calapi, Willian Flores y la familia Muñoz.

Comunidad La Calera, agosto de 2015

Galería de imágenes

Ingreso a la Comunidad la Calera



Junta de Agua Potable



Ingreso Norte de la comunidad La Calera



Casa de la Esperanza y los Lamentos



Ingreso al Centro para Actividades
Autónomas



Las 9 Hectáreas de La Asociación
Autónoma de Trabajadores Jatarishum



Espacio De Aprendizaje



Restaurant y Centro de reuniones de
Jatarishun



El Ché en la Asociación de Trabajadores
Tambo Jatarishun



Mina Petrea para el Pago de la Deuda



Centro de Acopio de Leche



Espacio Recreacional



Fuentes de Agua



El Sambo



Los Cultivos



La Cariñosa

